

MIGRACIONES EN EL *DOCUMENTO FINAL* DE LA V CONFERENCIA DEL CELAM

Pe. Alfredo J. Gonçalves, CS

Una lectura del *Documento Final* de la V Conferencia Episcopal de América Latina y del Caribe, aunque a vuelo de pájaro, pronto va a darse cuenta que los obispos reunidos en Aparecida, Brasil, vuelven una fuerte mirada pastoral hacia los migrantes, tratando de sensibilizarse y sensibilizar toda la sociedad frente al dolor y a los sueños de ellos. Diferentemente de las tres primeras conferencias – Río de Janeiro, Medellín y Puebla – y al igual que la conferencia de Santo Domingo, los obispos reservan todo un subtítulo para el fenómeno de la movilidad humana. Además de esos números dedicados al solo problema de las migraciones, los pastores se refieren a esa temática en el decorrer de todo el texto.

Esa mirada atenta y solidaria frente al mundo de las migraciones retrata, desde luego, el carácter *estructural* que tal fenómeno adquirió en los últimos decenios. Hoy día, no se puede hablar de “signos de los tiempos” sin llevar en cuenta los desplazamientos humanos de masa. De hecho, conforme la Instrucción *Era Migrantes Caritas Christi*, del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes, “las migraciones hodiernas constituyen el mayor movimiento de personas de todos los tiempos. En estas últimas décadas tal fenómeno, que involucra cerca de doscientos millones de seres humanos, se volvió una realidad estructural de la sociedad contemporánea y constituye un problema cada vez más complejo desde el punto de vista social, cultural, político, religioso, económico y pastoral”.

En las observaciones que siguen, vamos a utilizar el texto de la versión no oficial, sacada de la Internet, citando los números en un orden que lleva en cuenta no necesariamente la secuencia lógica del documento, sino el contenido temático de los párrafos analizados.

I. Una nueva mirada pastoral

De inicio, la lectura del documento es naturalmente atraída por un ítem dedicado exclusivamente al tema de las migraciones, lo que, salvo raras excepciones, es una gran novedad. Se encuentra en el capítulo 8, cuya temática versa sobre el Reino de Dios y la promoción de la dignidad humana. En ese ítem, retomando una practica que viene de la asamblea de Puebla, los obispos hacen desfilar “los rostros más sufrientes” de América Latina y Caribe, como imagen del rostro de Jesús crucificado. De esta vez, entre esos rostros figura el de los migrantes. Lo mejor es transcribir en la integra lo que dice el mismo documento.

“Es expresión de caridad, también eclesial, el acompañamiento pastoral de los migrantes. Hay millones de personas concretas que por distintos motivos están en constante movilidad. En América Latina y El Caribe constituyen un hecho nuevo y dramático los emigrantes, desplazados y refugiados sobre todo por causas económicas, políticas y de violencia” (440).

“La Iglesia, como Madre, debe sentirse a sí misma como Iglesia sin fronteras, Iglesia familiar, atenta al fenómeno creciente de la movilidad humana en sus diversos sectores. Considera indispensable el desarrollo de una mentalidad y una espiritualidad al servicio pastoral de los hermanos en movilidad, estableciendo estructuras nacionales y diocesanas apropiadas, que faciliten el encuentro del extranjero con la Iglesia particular de acogida. Las Conferencias Episcopales y las Diócesis deben asumir proféticamente esta pastoral específica con la dinámica de unir criterios y acciones que ayuden a una permanente atención a los migrantes, que deben llegar a ser también discípulos y misioneros” (441).

“Para lograr este objetivo se hace necesario reforzar el diálogo y la cooperación entre las Iglesias de salida y de acogida, en orden a dar una atención humanitaria y pastoral a los que se han movilizado, apoyándolos en su religiosidad y valorando sus expresiones culturales en todo aquello que se refiera al Evangelio. Es necesario que en los Seminarios y casas de formación se tome conciencia sobre la realidad de la movilidad humana, para darle una respuesta pastoral. También se requiere promover la preparación de laicos que con sentido cristiano, profesionalismo y capacidad de comprensión, puedan acompañar a quienes llegan, como también en los lugares de salida a las familias que dejan. Creemos que “la realidad de las migraciones no se ha de ver nunca solo como un problema, sino también y sobre todo, como un gran recurso para el camino de la humanidad” (442).

“Entre las tareas de la Iglesia a favor de los migrantes está indudablemente la denuncia profética de los atropellos que sufren frecuentemente, como también el esfuerzo por incidir, junto a los organismos de la sociedad civil, en los gobiernos de los países, para lograr una política migratoria que tenga en cuenta los derechos de las personas en movilidad. Debe tener presente también a los desplazados por causa de la violencia. En los países azotados por la violencia se requiere la acción pastoral para acompañar a las víctimas y brindarles acogida y capacitarlos para que puedan vivir de su trabajo. Asimismo, deberá ahondar su esfuerzo pastoral y teológico para promover una ciudadanía universal en la que no haya distinción de personas” (443).

“Los migrantes deben ser acompañados pastoralmente por sus Iglesias de origen y estimulados a hacerse discípulos y misioneros en las tierras y comunidades que los acogen, compartiendo con ellos las riquezas de su fe y de sus tradiciones religiosas. Los migrantes que parten de nuestras comunidades pueden ofrecer un valioso aporte misionero a las comunidades que los acogen” (444).

“Las generosas remesas enviadas desde Estados Unidos, Canadá, países europeos y otros, por los inmigrantes latinoamericanos, evidencia la capacidad de sacrificio y amor solidario a favor de las propias familias y patrias de origen. Es, por lo general, ayuda de los pobres a los pobres” (445).

II. La realidad de las migraciones

Los países latinoamericanos y caribeños, históricamente lugares de fuerte inmigración, se vuelven en las últimas décadas naciones de significativa emigración. Sin embargo, siguen recibiendo inmigrantes, especialmente de los países vecinos, pero la salida es el fenómeno más emergente en las últimas décadas. Además de reconocer esa emigración en América Latina y Caribe como “un hecho nuevo y dramático”, los obispos insisten en que la solicitud pastoral hacia los emigrantes es una tarea que exige “el diálogo y la cooperación entre las Iglesias de salida y de acogida”.

El capítulo 2 del *Documento Final* es reservado al estudio de la realidad latinoamericana y caribeña. Ahí, al lado de temas como la globalización y la hegemonía del mercado (61-62), los cambios profundos de orden económica, social, política y cultural (34 y 44), la cultura del individualismo y del consumo (44 y 51), la diversidad cultural, el riesgo del relativismo y la crisis de sentido (37, 38, 56), la violencia en sus más distintas formas (78-81), los obispos no se olvidan de la situación migratoria, clasificándola como “uno de los fenómenos más importantes”. Conviene citar sus palabras integralmente.

“Uno de los fenómenos más importantes en nuestros países es el proceso de movilidad humana en que millones de personas migran o se ven forzadas a migrar dentro y fuera de sus respectivos países. Las causas son diversas y están relacionadas con la situación económica, la violencia en sus diversas formas, la pobreza que afecta a las personas y la falta de oportunidades para la investigación y el desarrollo profesional. Las consecuencias son en muchos casos de enorme gravedad a nivel personal, familiar y cultural. La pérdida del capital humano de millones de personas, profesionales calificados, investigadores y amplios sectores campesinos, nos va empobreciendo cada vez más. La explotación laboral llega, en algunos casos, a generar condiciones de verdadera esclavitud. Se da también un vergonzoso tráfico de personas, que incluye la

prostitución, aún de menores. Especial mención merece la situación de los refugiados, que cuestiona la capacidad de acogida de la sociedad y de las iglesias. Por otra parte, sin embargo, la remesa de divisas de los emigrados a sus países de origen se ha vuelto una importante y, a veces, insustituible fuente de recursos para los países de la región, ayudando al bienestar y a la movilidad social ascendente de quienes logran participar exitosamente de este proceso” (73).

Siguiendo la descripción de la realidad, el texto advierte que “la globalización hace emerger en nuestros pueblos, nuevos rostros de pobres. Con especial atención y en continuidad con las conferencias generales anteriores, fijamos nuestra mirada en los rostros de los nuevos excluidos: los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas (...), adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la prostitución, pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la violencia, de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual” (416). La mirada de los obispos se vuelve especialmente para los jóvenes, entre los cuales “se constata con preocupación suicidios”. “Otros no tienen posibilidades de estudiar o trabajar y muchos dejan sus países por no encontrar en ellos un futuro, dando a los fenómenos de la movilidad humana y la migración un rostro juvenil” (464).

Ampliando el cuadro de la realidad, el texto llama la atención para algunas situaciones más críticas en el campo de la movilidad humana: la violencia a las mujeres, especialmente “niñas y adolescentes, víctimas de tráfico, violación, servidumbre y acoso sexual (48); muchos pobres, desempleados, migrantes, desplazados, campesinos sin tierra, quienes buscan sobrevivir en la economía informal (65); los afroamericanos, “arrancados de África y traídos aquí como gente esclavizada” (88); “los campesinos e indígenas, quienes son expulsados hacia las tierras de ladera y a las grandes ciudades para vivir hacinados en las cinturones de miserias” (492). En fin, la migración, forzada por la pobreza, está influyendo profundamente en el cambio de costumbres, de relaciones e incluso de religión (90). El resultado es que “las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida. El Reino de vida” (372).

Al igual que en las otras asambleas del CELAM, con su mirada profética sobre la realidad, la Iglesia en la V Conferencia “denuncia la práctica de la discriminación y del racismo en sus diferentes expresiones, pues ofende en lo más profundo la dignidad humana creada a “imagen y semejanza de Dios” (552).

III. Evangelización y cultura

La formación cultural de los pueblos latinoamericanos y caribeños, al igual que la preocupación por una evangelización inculturada, constituye uno de los ejes vertebrales del documento. Los obispos resaltan el “pluralismo de orden cultural y religioso” (498) que caracteriza hoy día nuestro continente.

“La variedad y riqueza de las culturas latinoamericanas, desde aquellas más originarias hasta aquellas que con el paso de la historia y el mestizaje de sus pueblos se han ido sedimentado en las naciones, las familias, los grupos sociales, las instituciones educativas y la convivencia cívica, constituye un dato bastante evidente para nosotros y que valoramos como una singular riqueza” (42). “A esta complejidad cultural” – añaden preocupados los pastores – “habría que añadir también la de tantos inmigrantes europeos que se establecieron en los países de nuestra región” (56). La conclusión es que “esta nueva realidad se basa en relaciones interculturales donde la diversidad no significa amenaza, no justifica jerarquías de poder de unos sobre otros, sino diálogo desde visiones culturales diferentes de celebración, de interrelación, de reavivamiento de la esperanza” (97).

“La V Conferencia en Aparecida mira positivamente y con verdadera empatía las distintas formas de cultura presentes en nuestro continente (496), “formando una gran sintonía en la diversidad de

culturas y de lenguas”, como ya recordaba el papa Benedicto XVI en el Discurso Inaugural (497). Innegablemente, esa gran mezcla de valores culturales y religiosos “ha producido fecundos resultados en todo el continente, llegando incluso a países de Norteamérica, Europa y Asia, donde muchos latinoamericanos y caribeños han emigrado (100). Por eso es que los obispos reconocen “la presencia de los valores del Reino de Dios en las culturas, recreándolas desde dentro para transformar las situaciones antievangélicas” (388).

En esta perspectiva, reportándose una vez más a la Instrucción Pontificia *Era migrantes Caristas Christi*, los obispos de la V Conferencia, insisten que “la movilidad humana, característica del mundo de hoy, puede ser ocasión propicia del dialogo ecuménico de la vida” (247). Reconocen, en seguida, la vinculación estricta entre los valores de la piedad popular, por una parte, y el aporte de las distintas colectividades de inmigrantes, por otra. Los obispos utilizan las palabras de Benedicto XVI, en su Discurso Inaugural, para enfatizar que “la piedad popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural” de los pobres de este Continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la fe cristiana” (281).

Todo eso nos remete aún al tema de la “Inculturación y pluralismo cultural y religioso”, abordado en la Parte II de la Instrucción Pontificia. Ese documento, luego de hablar del encuentro casi diario con “los mil rostros del otro”, enfatiza la necesidad de pasar del multiculturalismo al interculturalismo. “Aquí no basta la tolerancia, es necesario simpatía y respeto, en lo que es posible, sobre la identidad cultural de los interlocutores”. En ese proceso, palabras como dialogo, escucha, comprensión y confianza, entre otras, adquieren un valor especial.

IV. La Pastoral de los Migrantes

1. Protagonismo de los migrantes

En la tarea de concretizar aquí y ahora, es decir, en el contexto actual de América Latina y Caribe una efectiva Pastoral Migratoria, el documento comienza por constatar que “es insuficiente el acompañamiento pastoral para los migrantes e itinerantes. Hace falta una sólida estructura de formación permanente en los fieles, en otros agentes de pastoral y una evangelización más inculturada en todos los niveles, particularmente en las culturas indígenas y afroamericanas. Algunos movimientos eclesiales no siempre se integran adecuadamente en la pastoral parroquial y diocesana; a su vez, algunas estructuras eclesiales no son suficientemente abiertas para acogerlos (112). Pero en seguida, reconocen y agradecen “el protagonismo que van adquiriendo sectores que fueron desplazados: mujeres, indígenas, afro-descendientes, campesinos y habitantes de áreas marginales de las grandes ciudades” (143).

Ese protagonismo, entretanto, requiere otras fuerzas actuando en conjunto. Entre ellas, los obispos subrayan las parroquias, que deben estar “atentas a la diversidad cultural de sus habitantes” (185), “particularmente en el mundo urbano se plantea la creación de nuevas estructuras pastorales, puesto que muchas de ellas nacieron en otras épocas para responder a las necesidades del ámbito rural” (188); los “presbíteros-discípulos” que deben convertirse en “presbíteros-misioneros” y en “presbíteros-servidores” (215), con destaque para aquellos que “han sido enviados a otras Iglesias motivados por un auténtico sentido misionero” (207); los diáconos permanentes, los cuales son enviados “para acompañar la formación de nuevas comunidades eclesiales, especialmente en las fronteras geográficas y culturales, donde ordinariamente no llega la acción evangelizadora de la Iglesia” (...), “dando testimonio así de Cristo servidor al lado de los enfermos, de los que sufren, de los migrantes y refugiados, de los excluidos y de las víctimas de la violencia y encarcelados” (...), “para que sean apóstoles en sus familias, en sus trabajos, en sus comunidades y en las nuevas fronteras de la misión” (221-224).

En pocas palabras, la Pastoral de la Movilidad Humana, con el protagonismo de los mismos migrantes, tiene como finalidad fundamental “hacer que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera” (384).

2. Acogida

En el documento, se verifica un gran énfasis en la *acogida*, término que, como bien sabemos, hace parte del DNA de la Pastoral de la Movilidad Humana. Este término viene casi siempre asociado a la Pastoral Urbana, a la cual el texto dedica todo el ítem 6 del capítulo 10. Al inicio de esta parte, los obispos constatan que “las grandes ciudades son laboratorios de esa cultura contemporánea compleja y plural” (528). En seguida, dicen textualmente que se debe fomentar “la Pastoral de la acogida a los que llegan a la ciudad y a los que ya viven en ella, pasando de un pasivo esperar a un activo buscar y llegar a los que están lejos con nuevas estrategias tales como visitas a las casas, el uso de los nuevos medios de comunicación social, y la constante cercanía a lo que constituye para cada persona su cotidianidad. Brinde atención especial al mundo del sufrimiento urbano, es decir, que cuide de los caídos a lo largo del camino y que se encuentran en los hospitales, encarcelados, excluidos, adictos a las drogas, habitantes de las nuevas periferias, en las nuevas urbanizaciones, y a las familias que, desintegradas, conviven de hecho. Procure la presencia de la Iglesia, por medio de nuevas parroquias y capillas, comunidades cristianas y centros de pastoral, en las nuevas concentraciones humanas que crecen aceleradamente en las periferias urbanas de las grandes ciudades por efectos de migraciones internas y situaciones de exclusión” (536).

Por otro lado, ¿cómo combatir las migraciones forzadas? Escuchemos los obispos: “Todo lo anteriormente dicho no quita importancia, sin embargo, a una renovada pastoral rural que fortalezca a los habitantes del campo y su desarrollo económico y social, contrarrestando las migraciones. A ellos se les debe anunciar la Buena Nueva para que enriquezcan sus propias culturas y las relaciones comunitarias y sociales” (538). Hablando que la Iglesia en América Latina y Caribe debe ser “morada de sus pueblos”, la V Conferencia “convoca y congrega a todas sus diversísimas gentes en su misterio de comunión, sin discriminaciones ni exclusiones por motivos de sexo, raza, condición social y pertenencia nacional” (543).

3. La construcción de la Patria Grande

Los obispos confieren fuerte importancia a la construcción de la Patria Grande, subrayando que “la gran patria de hermanos “de unos pueblos - como afirmó S.S. Juan Pablo II en Santo Domingo – a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia”. Es, pues, una unidad que está muy lejos de reducirse a uniformidad, sino que se enriquece con muchas diversidades locales, nacionales y culturales” (544). Recuerdan que “ya la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se proponía “reanudar con renovado vigor la evangelización de la cultura de nuestros pueblos y de los diversos grupos étnicos” para que “la fe evangélica, como base de comunión, se proyecte en formas de integración justa en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una gran patria latinoamericana (...)”. La IV Conferencia en Santo Domingo volvía a proponer “el permanente rejuvenecimiento del ideal de nuestros próceres sobre la Patria Grande”. La V Conferencia en Aparecida expresa su firme voluntad de proseguir ese compromiso” (545).

Alertan también para el hecho de que, se bien América Latina y Caribe “es nuestra patria grande, lo será realmente “grande” cuando lo sea para todos, con mayor justicia. En efecto, es una contradicción dolorosa que el continente del mayor número de católicos sea también el de mayor inequidad social” (546). Y concluyen con las siguientes palabras: “Apreciamos en los últimos 20 años avances significativos y promisorios en los procesos y sistemas de integración de nuestros países. Se han intensificado las relaciones comerciales y las políticas. Es nueva la más estrecha comunicación y solidaridad entre el Brasil y los países hispanoamericanos y los caribeños. Hay muy graves bloqueos que empantanar esos procesos. Es frágil y ambigua una mera integración comercial. Lo es también cuando se reduce a cuestión de cúpulas políticas y económicas y no

arraiga en la vida y participación de los pueblos. Los retrasos en la integración tienden a profundizar la pobreza y las desigualdades, mientras las redes del narcotráfico se integran más allá de toda frontera. No obstante que el lenguaje político abunde sobre la integración, la dialéctica de la contraposición parece prevalecer sobre el dinamismo de la solidaridad y amistad. La unidad no se construye por contraposición a enemigos comunes sino por realización de una identidad común” (547).

4. La opción preferencial por los pobres y excluidos

La novedad de este subtítulo es que, por primera vez en un documento de la Iglesia latinoamericana, al concepto de los *pobres* viene agregado el de los *excluidos*, lo que debe ser entendido en el contexto socio-económico y político-cultural de un proceso de globalización a la vez concentradora y excluyente. Dicha “opción preferencial por los pobres”, que tiene su trayectoria desde los documentos de Medellín, Puebla y Santo Domingo, viene subrayada en un largo párrafo, fortalecido además por el Discurso Inaugural del Papa.

Como sabemos, pocas personas son “tan pobres y/o excluidas” actualmente como los millones y millones de migrantes, refugiados o desplazados, caminando por las estradas de todo el mundo, sin raíz, sin tierra, sin patria, sin rumbo y, no raro, sin documentos. Respecto a esa clase de personas más débiles e indefensas, amenazadas en su vida, los obispos retoman con énfasis las proféticas intuiciones de las asambleas anteriores: “nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia Latinoamericana y Caribeña siga siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio. Hoy queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencias anteriores. Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos” (410).

Otra gran novedad en ese aspecto es el mismo Discurso Inaugural de Benedicto XVI, donde el Papa insiste en que la Iglesia es “abogada de la justicia y defensora de los pobres”. El documento recuerda la expresión de Su Santidad, al resaltar que “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2, 11-12)” (409). Concluimos que si la opción por los pobres es inherente al Evangelio, como bien sugieren las palabras del Papa, quiere decir entonces que sin ella no hay verdadera evangelización.

V. Misioneros sin fronteras

El gran eje estructural de todo el *Documento Final*, como bien sabemos, es el paso del discipulado a la misión. En una palabra, ¿cómo el discípulo, además de escuchar y seguir al Maestro, puede volverse misionero de la Buena Nueva del Evangelio? Desde el punto de vista de la Movilidad Humana, eso significa no solamente seguir a Jesús y escuchar sus palabras, sino también ponerse *a camino* y ponerse en *los caminos* de los migrantes. Cómo subraya el texto “el mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los continentes. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismos, debemos formarnos como discípulos misioneros sin fronteras, dispuestos a ir “a la otra orilla”, aquélla en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente” (390).

“Los discípulos” – enfatizan los obispos reunidos en Aparecida – “quienes por esencia somos también misioneros por el Bautismo, nos formamos con un corazón universal, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando nuestra capacidad de contacto humano y de diálogo. Estamos dispuestos con la valentía que nos da el Espíritu, a anunciar a Cristo donde no es aceptado, con nuestra vida, con nuestra acción, con nuestra profesión de fe y con su Palabra. Los emigrantes son igualmente discípulos y misioneros, y están llamados a ser una nueva una semilla de

evangelización, a ejemplo de tantos emigrantes y misioneros que trajeron la fe cristiana a nuestra América” (391).

Retomando una expresión de Juan Pablo II, de la encíclica *Redemptoris Missio*, los obispos hablan de los “areópagos de la cultura”, para concluir: “queremos felicitar e incentivar a tantos discípulos y misioneros de Jesucristo que, con su presencia ética coherente, siguen sembrando los valores evangélicos en los ambientes donde tradicionalmente se hace cultura y en los nuevos areópagos” (510). No hay duda de que el campo vastísimo de la movilidad humana, con sus distintos pueblos y culturas y con su constante ir y venir, constituye actualmente uno de esos areópagos más significativos para la evangelización.

Conclusión

La mirada sobre las migraciones en el *Documento Final* de Aparecida no presenta rasgos extraordinarios, pero sí tiene un alcance más largo y general. Implícita o explícitamente, los obispos se detienen a contemplar los distintos rostros de los “pobres y excluidos”, subrayando a ratos el de los migrantes. Sin embargo, hace falta una crítica más contundente al rechazo de los inmigrantes por parte de las naciones desarrolladas. Estas, en la atmósfera mundial de combate al crimen organizado, suelen a veces confundir los extranjeros con los terroristas y narcotraficantes. Muchos inmigrantes siguen siendo “chivos expiatorios” de numerosos disturbios sociales, mientras otros amargan en la clandestinidad una dura y precaria condición. Gran parte de ellos siquiera logran cruzar las fronteras, donde la selección es cada vez más rigurosa.

De todas formas, los migrantes en general aparecen en el documento de Aparecida no solo como víctimas de un proceso de globalización asimétrico y excluyente, sino más bien como protagonistas de nuevos caminos y de nuevos tiempos. Son ellos, además, los portavoces privilegiados de la globalización de la solidaridad. Los cambios científicos y tecnológicos de las últimas décadas, especialmente en el campo de los transportes y de las comunicaciones, hicieron del globo terrestre una aldea. Por otro lado, las profundas desigualdades socio-económicas entre países y regiones invitan a los más pobres a poner sus sueños en las alas del viento y buscar un mejor porvenir en tierras extrañas y distantes.

En ese contexto de relaciones internacionales cada vez más intensas, se constata un intercambio creciente no solamente de mercaderías, servicios, informaciones y capital, pero también, no obstante las leyes migratorias restrictivas, de personas, pueblos y culturas. Así que no es difícil parafrasear J. B. Scalabrini, el “el apóstol y padre de los migrantes”, concluyendo que si bien “migran las aves, migran las semillas y migran los hombres”, con ellos migran también las semillas del Verbo encarnado, presentes en el corazón de cada persona y de cada cultura. En una palabra, migran también las semillas de una nueva evangelización.